

Billault de su contradicción! La intimación se hizo; y si no se reclamó en primer término el pago de cuentas atrasadas, culpa fué de la injusta reclamación del *ultimatum* francés que sublevó á los ministros ingleses: la reclamación de 15 millones de duros por 15 millones de reales.

Y todavía había otra cosa mas grave en el *ultimatum* francés, á saber: que el ministro del emperador en México debía tener el derecho de intervenir en la administración de justicia, siempre y en cualquier caso que un súbdito francés fuese parte activa ó pasiva en la querrela. ¿Queréis mas? Pues aun había otra cosa mas importante: que el gobierno de la república admitiera en sus aduanas delegados franceses, los cuales percibieran el tanto por ciento que se estipulase para satisfacer los créditos de su país, añadiendo que dichos delegados podrían rebajar los derechos de arancel segun les diera la gana, lo cual equivalía á meter la Francia en México. Nada menos que esas frioleras pedía el *ultimatum* francés.

Los hombres imparciales de todos los países dirán si una nación poderosa, como lo es la Francia, debe abusar de su poder, hasta ese punto. Si yo quisiera usar contra Mr. Billault las mismas armas con que él me ha atacado, buena ocasión me ofrecerían para ello los 15 millones de duros de la casa Jecker; pero no lo haré así, recordando, como recuerdo, que cuando aprendí el manejo de armas, me dijo el maestro de esgrima lo que ya me sabía yo: que "los hombres nobles no deben usar en ningún caso sino armas nobles tambien."

¿Ignoraba Mr. Billault las injustas reclamaciones que contenía el *ultimatum* francés? Cosa es posible, porque no teniendo S. S. mas misión que la de hablar en nombre de sus compañeros, tal vez no conocía el fondo de los negocios hasta que le digan que hable, no teniendo por lo mismo nada de particular que cometa errores. Entre tanto, lo es, y muy grave, suponer que el comisario español tenía sobre México ideas diferentes de las expresadas á su gobierno cuando se firmó el convenio de Londres. Tan inexacto es eso, y tanto no tenía el comisario español respecto á México

otras ideas que las de su gobierno, que ha merecido la honra de que sus actos hayan sido completamente aprobados por el gobierno mismo.

Mas adelante se queja Mr. Billault en su discurso de que el gobierno constituido en México haya tratado de defenderse, y mira esto como una monstruosidad, diciendo que aquel es un gobierno execrable y detestado. Imposible parece que un hombre de elevada posición se ofusque hasta ese extremo. M. Billault ha olvidado sin duda algunos de los sangrientos episodios de la historia de su país; y voy á permitirle recordárselos.

Cuando en tiempo de la primera república invadieron los austriacos la Francia, guiados por los emigrados ingleses el tribunal de salud pública, no solo dió decretos de proscripción y exterminio; sino que resuelto á sostener un duelo á muerte con los partidarios del antiguo régimen, les arrojó las cabezas de sus reyes, segadas por el hacha del verdugo, por suponer que aquellos estaban en inteligencia con los emigrados.

El primer acto de la restauración fué el fusilamiento del mejor soldado de la Francia, el mariscal Ney.

Durante el reinado de Luis Felipe, hubo proscripción y muerte contra los republicanos; contra los legitimistas, la prisión de la duquesa de Berry, sin considerar el estado de su salud; y contra los partidarios de la dinastía de Napoleon, el encarcelamiento del prisionero de Ham.

Vuelve la república, y Cavaignac ametralla á los revolucionarios de Julio; y hoy mismo, ¿no tiene la Francia leyes de proscripción y de muerte contra los que se atrevan á atentar al régimen existente? Pues esta es la verdad, Sr. Billault, esta es la historia; y al recordársela á S. S., solo he querido demostrar que á una nación como la francesa, que ha pasado por un mar de sangre y de lágrimas, no le corresponde tratar con dureza y con impiedad á ese otro pueblo que marcha desolado por ese mismo mar de lágrimas y de sangre.

Pero la Francia, dijo tambien Mr. Billault, no puede consentir que allí se asesine á sus hijos; y al decir eso, se fundó

en los horrores y las persecuciones de que daba cuenta el almirante. Todo lo que este podia citar era la destitucion del general Uruga, y el arresto del general Chacon.

Verdad es que el almirante hacia alusion á la muerte del general Robles Pezuela; pero no se atrevió á nombrarle, porque nadie como el almirante sabia á donde iba Robles Pezuela cuando le prendieron cerca de Tehuacan, punto donde aquel se encontraba.

El desgraciado Robles, para evitar en otro tiempo la persecucion política, tomó sagrado en la legacion francesa; y cuando los aliados llegaban á Veracruz, él se encontraba en la capital: sus relaciones con Mr. Saligny eran conocidas; y el gobierno le mandó de cuartel para un punto del cual ofreció él, bajo palabra de honor, no moverse sin su consentimiento. Un mal día para aquel desventurado, desapareció del punto en cuestion, encontrándosele disfrazado cerca de Tehuacan, donde fué preso. Yo hice cuanto pude por salvar á Robles, y lo mismo hicieron los comisarios ingleses; y encontrándose en Orizava los ministros de la república, conseguí una orden, en virtud de la cual se suspendia la ejecucion, caso de ser aquel sentenciado á la última pena. Yo mismo cerré y sellé la orden, dándosela á un extraordinario; pero desgraciadamente llegó dos horas despues de la ejecucion de aquel infortunado general. ¡Séale la tierra ligera! Si se exceptúa esa víctima, no han existido los asesinatos que ha supuesto Mr. Billault; yo al ménos no he tenido conocimiento de que se haya cometido uno solo, en súbdito inglés, francés ni español.

Hablando Mr. Billault de los preliminares de la Soledad, los censura despues acerbamente, calificando de un modo inconveniente á los comisarios inglés y español, y llamando indigno el documento que lleva sus firmas. Yo rechazo esa dura calificacion, y repito lo que han dicho ya los hombres de honor de todas las naciones: ¡ministros imperiales! la indignidad no está en haber firmado esos preliminares sino en no haberlos cumplido.

Pero lo que mas irritó á Mr. Billault fué que los aliados permitieran tremolar la bandera mexicana al lado de la de

sus naciones. ¿Que habrá dicho ahora ese mismo Billault al ver que el general Forey, no solo ha hecho enarbolar la bandera mexicana, sino que la ha saludado con sus cañones franceses, haciendo desfilar por delante de ella los batallones de la Francia?

Ya que se califica de indigno un tratado que lleva las firmas de los representantes de Inglaterra y de España, voy á decir lo que hicieron los franceses, para que el mundo entero diga de qué parte está la iniquidad. Convenidos con los Comisarios franceses que el día 20 pasaría yo con mis tropas por Paso-Ancho y que el 21 pasarían los franceses por Chiquihuite, me dijeron el 19 por la tarde que los franceses avanzaban sobre Orizava. Yo no lo creia, porque hay cosas que no deben creerse si no se ven y se tocan; pero desgraciadamente era cierto. Entonces, al recibir la noticia de que los franceses avanzaban sobre aquella poblacion . . . . . pero señores, no quiero seguir; me arrepiento de lo que iba á contar: es tan ofensivo, tan humillante para los soldados franceses, que no me atrevo á lanzar ese borron sobre ellos, aunque los soldados no tienen la culpa, porque siempre son mandados.

Pasando, pues, por encima de ese terrible episodio, haré saber al Senado que á las doce de la noche de aquel mismo día recibí una comunicacion del comisario francés, trasladándome otra del general Lorencez, en la que venia á decir que en adelante ya no mandaba allí nadie mas que él, y que iba á socorrer el hospital francés en Orizava. Al amanecer del 20 salí yo de este punto con el último escuadron, y á la media legua encontré la division francesa que marchaba en son de guerra. Cuando los generales me vieron, sus clarines tocaron alto, y el almirante Jurien de la Gravière se acercó diciéndome: "Y bien, general!" y contestándole yo "¡y bien, almirante!" permanecimos así por espacio de algunos minutos. Por fin, "¿qué ha pasado en nuestro hospital de Orizava?" me preguntó el general Lorencéz, á lo cual, en voz alta y que pudiera ser oida por toda la division, contesté: "Nada: nuestros enfermos permanecen allí con la misma seguridad que si estuvieran en un hospital de

París.”—Y haciendo un saludo militar, continué mi camino.

Ahora bien: conocidos los hechos de que me he ocupado; ¿se ha podido pensar que las tropas de España pueden volver á México? Tranquilícense los señores senadores; aunque los hombres que tal piensan fueran gobierno, no volverían allí nuestros soldados, pues no podrían hacerlo sino para oprimir la nacionalidad mexicana; y eso ningún gobierno lo querrá, y mucho menos hallándose ya allí los soldados franceses. El gobierno español podrá en su día mandar á México un representante, y entónces dará el de la república todas aquellas satisfacciones y reparaciones que pueda dar.—Vuelvo al discurso de Mr. Billault.

El ministro francés creyó llegado el momento de anonadarme, y lo hizo con malas armas.—¿Qué ha ocurrido, preguntó, desde el día 20, en que el general Prim escribía en sentido belicoso, hasta el 23, en que dice que hacia sus preparativos para retirarse? Y S. S. añadió: “Se ha tenido una conferencia con dos ministros mexicanos, uno de ellos el Sr Gonzalez Echeverría, tío, según creo, del señor conde de Reus.” Aquí se vé señores, que Mr. Billault quiso herir mi honra, su idea germinó al momento en la Asamblea, la cual la acogió con exclamaciones y risas, y desde allí pasó á la prensa, creyéndola muchas gentes. Yo, por mi parte, desde que leí el discurso del ministro imperial, estoy buscando una fórmula de respuesta correspondiente á su ataque, y no la encuentro: si respondo á él con un dictorio, hago una cosa impropia de este sitio, y me rebajo [Bien, bien;] y si dejo de contestar, se creerá que fué certero el tiro de S. S. En casos como este no hay mas que dos remedios: uno violento, terrible, mortal. . . . Otro, encerrarse en el silencio. Señores senadores, por respeto á la Cámara, me encierro en el silencio. [Aplausos].

El S. VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua).—Orden.

El señor conde de REUS.—Voy ahora á contar lo que pasó en esos tres días, y á demostrar que me bastaron algunos minutos para adoptar la resolución que ya conoce el Senado. En efecto: no tuve necesidad de mas tiempo que

el necesario para leer otra carta del almirante La Gravière fechada el 22 á las once de la noche, pues esa carta fué la gota de agua que no cabiendo ya en el vaso, le hizo rebazar todos sus bordes. ¿Porqué no la leyó el señor ministro imperial, teniéndola como la ha tenido en su poder? Yo voy á hacerlo ahora; pero antes diré que lo que tuvo lugar del 20 al 23, fué una conferencia de los ministros mexicanos Terán y Gonzalez Echeverría, no conmigo solo, como quiso dar á entender Mr. Billault, sino en presencia tambien de los ministros ingleses.

Estaba escribiendo yo mi carta del 23 en contestacion á la anterior del señor almirante, cuando recibí la suya, fecha del 22 á las once de la noche, en que me decia lo siguiente: “Mi querido general: He hecho prevenir esta noche al jefe militar y político de Tehuacan que el general Almonte llegando escoltado por el batallón de cazadores de á pié, estará aquí el 31 de Marzo; y que no permitiéndome mi lealtad prevalerme mas del convenio de la Soledad, me pondré en marcha el 1º de Abril para hacer retroceder mis tropas al otro lado del Chiquihuite. Le he invitado á llevar oficialmente esta decision á conocimiento de su gobierno. —Adios, mi querido general, etc.”

Viendo la resolución tomada por el almirante, comprendí que estábamos ya allí de más, y continuando la carta que estaba escribiendo, le dije lo que va á oír el Senado:

“Aquí llegaba de mi carta cuando recibo la última vuestra, en la que me participais haber comunicado á la autoridad mexicana en Tehuacan vuestra determinacion en dejar esta ciudad el 1º de Abril para ir á Paso-Ancho, conforme con lo que previenen los preliminares de la Soledad, lo que prueba tambien que, según vuestras instrucciones, rompéis la conferencia. Mas como el ministro de Inglaterra y yo no podemos ser desatendidos sino por un acto oficial, os envío la adjunta nota, rogandoos os reunais aquí con nosotros lo antes posible á fin de hacer constar la ruptura en la última acta.

Sir Charles Wyke, á quien he dado á leer esta carta me ruega os diga que está en un todo conforme conmigo.

Vuestras cartas para el general Lorrainez, el coronel Wallacez y el conde de Saligny están ya en camino por medio de un propio, y las recibirán esta tarde.

Desde hoy empiezo á hacer mis preparativos para reembarcar mis tropas tan luego como háyamos celebrado la última conferencia."

Ahora bien, ¿cabe duda alguna del por qué hacia yo mis preparativos para marcharme? Pues así y todo fui á Tehuacan; dirigí varias observaciones al almirante Jurien, y hasta le hice concesiones importantes, pero todo inútilmente: el almirante no estaba por escuchar razones.

También ha querido Mr. Billault sacar partido de la conducta del plenipotenciario español con los generales Miramon y Almonte, conducta que ha creído contradictoria, como si hubiera paridad entre ambos casos. El primero quería entrar en su país por su cuenta y riesgo, mientras Almonte penetró escoltado por los soldados franceses, para sembrar la discordia y la revuelta en contra del gobierno con quien los aliados estaban tratando.

Igualmente ha sido inexacto Mr. Billault al decir que el gobierno de la República pretendió arrancar á Almonte cuando estaba bajo las sombras de los pabellones extranjeros. S. S. no ha visto eso escrito en ninguna parte, ni nadie ha podido contárselo: ¿por qué lo dice pues? Porque quiere y nada mas. Lo que hubo únicamente fué que la autoridad mexicana de Córdoba pidió, en cumplimiento de órdenes generales, la persona del general Almonte al comandante del batallón francés que lo escoltaba, al cual anuncié yo desde luego que si era atacado, correría en su auxilio.

Pero Mr. Billault repite frenético que el uso de las armas era indispensable para derribar el gobierno de Juarez, "porque nosotros, añade, queremos obtener todas las satisfacciones que se nos deben. Mal aconseja á su soberano Mr. Billault: su indicacion es impolítica é inhumana; y en verdad que si yo hubiera podido acercarme á S. M. I. cuando era tiempo, y me hubiera autorizado á dirigirle la palabra, le habria dicho: Señor, vuestros ministros y generales

en México han comprometido el honor de vuestra bandera en una guerra injusta, y por eso fueron batidos en Puebla; pero ese hecho de armas no puede rebajar el merecido renombre de los soldados de Magenta y Solferino, soldados que no necesitan hacer alardes de valor en un pueblo convertido en ruinas por sus 40 años de guerra civil. Salvad vuestra política exterior comprometida en México: las guerras de Oriente, Siria é Italia han sido justas y civilizadoras; en Oriente fuisteis generoso, en Siria cristiano, en Italia liberal, y por eso vencieron vuestras legiones: detenedlas, señor, en México, porque allí ni sereis generoso, ni cristiano, ni liberal; allí sereis opresor." Pero el César no me pudo oír, y sus legiones marchan á oprimir al pueblo mexicano. ¡Que Dios salve á México y á los franceses de los males que los amenazan!

Voy á concluir, señores. De todo lo dicho resulta que Inglaterra, Francia y España fueron á México, en primer lugar, á pedir cuenta de deudas atrasadas, reparacion de agravios inferidos y garantías para el porvenir, y en segundo, á entablar una política generosa, contribuyendo con sus consejos á que la guerra civil concluyera. A esto, y no á otra cosa, fueron los aliados. Los agravios recibidos allí por los súbditos de las tres potencias no son imputables á ningun partido determinado: todos los hombres que se agitan en las contiendas de aquel país, lo mismo Almonte que Juarez, lo mismo Miramon que Zuloaga, todos son responsables moralmente de desmanes cometidos contra los europeos. Por eso no tienen las tres naciones interés alguno en que manden rojos ó blancos, y por eso mismo dieron instrucciones á sus comisarios para entenderse con el gobierno que encontráran constituido. Encontrándose con Juarez, á él dirigieron su intimacion, y Juarez respondió reconociendo los agravios y prometiendo satisfacciones y garantías; y como á eso iban en primer lugar los aliados, dejaron lo demas al tiempo.

Pero llega un dia en que los representantes de una de las tres naciones rompen sus compromisos y lanzan á la Francia en pos de aventuras: los representantes de Ingla-

terra y de España hacen esfuerzos para conjurar la disidencia, y nada basta á detener á los comisarios del Emperador de los franceses. ¡Qué hacer entonces! Los representantes de Inglaterra y España se retiran, tocándome á mí ser ejecutor de una política independiente, no sin tener que sacrificar para ello mis ensueños de gloria militar, así como mis simpatías por la noble nacion francesa y sus valientes soldados. En esto no he hecho mas que cumplir con mi deber, y creo que cualquier otro general en mi caso hubiera hecho lo mismo, queriendo todos como queremos conservar, incólume la independencia de la patria.

Concluyo haciendo una ferviente invocacion á los hombres de estado de mi país, rogándoles que jamás hagan cuestion de partido nuestras relaciones con las repúblicas hispano-americanas. Aquellos pueblos se separaron, por ventura, en temprana edad de la madre patria, y habiendo ésta querido hacerlos entrar en la obediencia por la fuerza, ellas se defendieron con el valor heredado de nosotros mismos, derramándose mucha sangre, hasta que la madre, dolorida de la lucha, reconoció la emancipación.

Nuestras relaciones con ellos han sido desde entonces reservadas y frias; sean en adelante las que cumplen á dos pueblos hermanos por cuyas venas circula una misma sangre, que profesan la misma religion, que hablan la misma lengua. Lo que nosotros hemos de hacer para que la reconciliacion sea eterna, es no olvidar los males que hemos atravesado antes que España haya llegado á estar constituida, y así trataremos con indulgencia al pueblo que atraviesa los mismos males. Esa debe ser allí nuestra política, procurando tambien que los diplomáticos que vayan á representar en México á la Reina de España, sean lo que somos todos, liberales.

¡Estrés senadores! Mi conducta en México, así como el discurso que acabo de pronunciar, han sido inspirados por el mas ardiente patriotismo: si obré bien, que Dios me lo premie; y si no, que me lo demande.

25

150 18

4  
333 1/2  
3266 2/3

18.75

18.75

7.50

11.25

36.25



50.25

800.00

38.66 2/3

80.00

35.00

20.00

15.00

8.33 1/3

887.91 1/3



